

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid....		
En provincias..		
Ultramar y extranjero.	un año 10 ps. fs.	
	seis meses 6 ps. fs.	

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,  
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN  
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## ADVERTENCIAS IMPORTANTÍSIMAS.

Rogamos á los señores suscritores de provincias cuyos abonos terminen en fin de este año tengan la bondad de avisar la renovacion antes del dia 6 del próximo Enero, si no quieren experimentar retraso en el recibo de los números, porque dejarán de servirse todas las suscripciones vencidas hasta la conformidad del suscriptor para seguir las enviando.

Con este número acompañamos un pliego de las *Tradiciones granadinas* de doña Rogelia Leon. En los primeros meses del próximo año quedará concluida *Angela ó El Ramillete de jazmines*.

## SUMARIO.

*La indiferencia*, por doña Isabel Poggi de Llorente.—*Al Año nuevo*, poesía, por D. Constantino Gil.—Galería de escritores hispano-americanos: *Doña Juana Manuela Gorriti* (conclusion), por D. José María Torres Caicedo.—Explicacion del figurin. Pliego diez y ocho de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

## LA INDIFERENCIA.

Existe ante nosotros, sin que la conozcamos hasta el momento de sufrir sus efectos.

Inespertos y confiados, adelantamos nuestros pasos por la florida senda de la juventud, llevando en nuestra mente bellísimos pensamientos, que esperamos realizar con la mayor facilidad: hablamos de



nuestros proyectos con inocente candidez: creemos interesados por nosotros á los que nos escuchan; y cuando llega el día en que les llamamos, nos responden con una sonrisa de indiferencia!

¿Qué les importa á esos seres metalizados, calculadores, que solo tienen ideas ambiciosas, destruir con su indiferencia las ilusiones del alma pura y los juveniles ensueños?

El amor y la amistad son el encanto de la existencia: por su mediación se unen estrechamente los humanos corazones: bajo su dulcísima y celestial influencia se mitigan los dolores que hallamos en nuestra peregrinación en este caos tristísimo: estas dos afecciones son la vida del alma: ¡la indiferencia es la muerte!

El hombre indiferente es un aborto de la naturaleza: es un fenómeno que rechazan de su lado todos los seres sensibles.

Para los indiferentes no existen las impresiones santas de un hecho noble y heroico: no hay emociones que agiten dulcemente su corazón; todo lo miran pasar sin reparar apenas en ello.

No se conmueven ante la agena desgracia; ni les inspira regocijo la ventura de sus hermanos.

¿Por qué existen esos seres encerrados en el egoísta círculo del *yo*?

Si comprendieran el daño que causan á otros seres con su cínica indiferencia, tal vez tratarían de amansar sus salvajes sentimientos: tal vez se despojarían de tan raquíticas ideas, y serían más útiles á la sociedad y á sí mismos.

La indiferencia de un amigo, de un ser amado, de un padre ó de un hermano, atrae incalculables males á la pobre criatura que la sufre: hallar indiferencia donde creíamos seguro un amor sin límites, es una decepción tan amarga, que á veces origina la muerte.

La indiferencia es la negación absoluta de toda sensibilidad.

Un ser insensible no forma parte de esa infinita cadena de seres amantes y cariñosos que viven para consolar, para llorar con el que llora y gozar con el que es dichoso.

De todas las desgracias de la humanidad rara vez deja de tener la culpa esa indiferencia criminal, escandalosa, que en todas partes se halla.

Concurrid á las aristocráticas reuniones, y allí vereis engalanada con las más dulces frases, las más hechiceras sonrisas esa bívora, que mata, sin que

podamos preveer su picadura. Allí os vereis atendidos, obsequiados, os tributarán homenaje, que os haga creer en la sinceridad de aquellos aparentes afectos; sois ricos, sois nobles, y á los nobles y á los poderosos ¡bah! se les ha de tratar hasta con rastro de adulación: en todas partes tendreis amigos: todos se apresurarán á tenderos su mano; más..... ¡infelices de vosotros! y si la suerte siempre variable os redujese á la miseria, acercaos á esos mismos que os alzaban un templo de falsas alabanzas, y os volverán la espalda con la más fría indiferencia, y los llamareis en vano, y en vano les recordareis el tiempo en que tanto os adularon. ¡Todo lo que visteis era falso oropel que cubría la helada indiferencia de aquellos helados corazones!

En todos hallareis esa sonrisa fría, indiferente, que penetra en el alma como el filo de un agudo puñal.

¿Qué significa para ellos vuestra amargura, vuestra desesperación? ¡Ya no valeis lo que antes; ya no les podeis ser útiles!

La indiferencia y el interés siempre marchan unidos. Si hay algo que le conmueva, es el vil metal y la sórdida ambición.

Todas las virtudes le son desconocidas: para ella no existen el amor ni la amistad, ni la abnegación, ni los deberes. ¡Su único Dios es el *yo* miserable!

Lejos de nosotros tan execrable defecto.

Por ese mal, ya muy arraigado, se ven decaer los pueblos: se descuida la instrucción de los niños, que un día han de ser honra y gloria de su patria, y que por ese indiferentismo jamás adquieren la educación necesaria para ser el sosten de la sociedad; sin esos sólidos cimientos, marchará inevitablemente á su ruina.

No seamos jamás indiferentes con nuestros hermanos: no cerremos nuestros oídos si nos llaman en la desgracia: no ahogemos los generosos impulsos de los tiernos corazones que en nosotros buscan apoyo para realizar los sueños de su ventura: procuremos que, al presentarnos ante ese mundo, donde, en vaiven confuso viven el vicio y la virtud, exclamen: «¡He ahí seres amantes y cariñosos, que nunca han desoido al infortunio.»

Isla de Tenerife.

ISABEL POGGI DE LLORENTE.



## AL AÑO NUEVO.

Avanza presuroso, bello niño,  
 Cíñe tu blanca frente  
 De rosas, tulipanes y de armiño,  
 Cuando pinte en Oriente  
 El alba, su irizado desaliño.

(Al mismo asunto: Publicado en LA VIOLETA del 64).

Cual dulce acento del amor primero,  
 Cual trova armoniosa,  
 Cual encendida y purpurina rosa,  
 Cual sueño lisonjero,  
 Así vienes en brazos del Enero.

No de tu padre las sagradas canas  
 Adornan tu semblante,  
 No en tu inocente púdico talante  
 Contemplo ideas vanas,  
 Sino esperanzas puras y lozanas.

Hay en tu firme y atrevido paso  
 No sé qué valentía;  
 Más al mirar tu gala y bazaría  
 Aun veo en el ocaso,  
 Las sombras de Moreto y Garcilaso.

Aun al mirar tu frente coronada  
 Por el albor naciente  
 Del venidero Sol; aun en Oriente  
 Admiro levantada  
 Del gran Roger, la cortadora espada.

Y entre los vivos, fúlgidos cambiantes  
 Que esmaltan tu camino,  
 En brazos de la gloria y del destino  
 Veo sombras jigantes  
 Con los rostros de Lope y de Cervantes.

¡Oh mágica ilusion! ¡cuánto en mi mente  
 Hace brotar tu aliento!  
 ¡Qué divino raudal de sentimiento,  
 De inspiración ardiente,  
 Me hace crear tu sueño solamente!

Toma cuerpo, ilusion, de mis sentidos  
 No deshagas el sueño;  
 No mi risueña faz conturbe el ceño

Al ver desvanecidos  
 Los sueños de mi alma mas queridos.

Sigue, sigue tu marcha venturosa,  
 Año que al mundo vienes  
 A calmar de la gloria los desdenes;  
 Que nunca ruborosa,  
 Se oculte esa ronriza tan hermosa.

Jamás de tu mejilla purpurina  
 Se tornen los colores;  
 Siempre pintadas, caprichosas flores,  
 Cíñan esa divina  
 Frente, que al suelo su márfil inclina.

Do quier que poses tu fecunda planta  
 Haz que la dicha brote;  
 Procura que el dolor su dardo embote,  
 Y tu favor levanta  
 Do respire española una garganta.

Al que en ignotos, procelosos mares  
 Vaya en busca de gloria,  
 Llévale de su amor casta memoria;  
 Y de los pátrios lares  
 Envíale los mágicos cantares.

Y al que sienta latir por vez primera  
 Su pecho, estremecido  
 Bajo el recuerdo del amor perdido;  
 Píntale, la hechicera  
 Sublime aparición, que su alma espera.

Y, á la vírgen sencilla y candorosa,  
 A la que espera amante  
 Que sus virtudes y sus gracias cante;  
 Envíale, llorosa,  
 La trova de mi lira cadenciosa.

CONSTANTINO GIL

## GALERÍA DE ESCRITORES

HISPANO-AMERICANOS.

DOÑA JUANA MANUELA DE GORRITI,

(Conclusion.)

EL LUCERO DEL MANANTIAL, episodio de la dictadura de D. Juan Manuel Rosas, es una deliciosa producción que, en estrechas dimensiones, contiene todos



los elementos de una novela, y que recuerda las leyendas y baladas de la severa y melancólica Escocia.

«En los últimos confines del Sur, cerca de la frontera que separa á los salvajes de las poblaciones cristianas, se hallaba un fuerte medio arruinado, y lo guardaba un destacamento de las fuerzas veteranas de la República. El comandante tenía una hija, que era un ángel.

María era la flor más bella que acarició la brisa tibia de la Pampa.

Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos, semejábale también en su elegante flexibilidad. Sobre su hermosa frente una espléndida cabellera que se extendía en negras espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos, en frecuente contemplación del cielo, habían robado á las estrellas su mágico fulgor; y su voz, dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa, tenía inflexiones de entrañable ternura, que conmovían el corazón como una caricia; y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban, creyendo escuchar la voz de algún ángel extraviado en el espacio.

El viajero, que á lo lejos la divisaba pasar, envuelta en su blanco velo de virgen á la luz del crepúsculo, bajo las sombras de los sauces, exclamaba:

—«¡Es una hada!»

Pero los habitantes del *Lago*, respondían:

—«Es la hija del comandante, EL LUCERO DEL MANTIAL. . . . .»

El adusto veterano, antiguo compañero de Artigas, desarrugaba solo el ceño de su frente, surcada de cicatrices para sonreír á su hija.

Para aquellos hombres, hostigados por frecuentes invasiones, y cuyos rostros, tostados por el sol de la Pampa, expresaban las inquietudes de una perpetua alarma, era María una blanca estrella que alegraba su vida, derramando sobre ellos su luz consoladora.

Pero ella que era la alegría de los otros, ¿por qué estaba triste? ¿qué sombra había empañado el cristal purísimo de su alma?

La hora del dolor había sonado para ella, y María pensaba... pensaba de amor.

La joven tuvo un sueño, un sueño de amor, que al mismo tiempo le produjo honda pena y la llenó de terror.

En medio de charcas de sangre y sobre montones

de cadáveres, la joven vió que alzaba arrogante la frente un joven bello, como la belleza del arcángel maldito; iba blandiendo un puñal; se acerca á María, y la virgen, á pesar del temor que le inspiraba, se sentía arrastrada hácia él. Su corazón le decía: ámallo.

Al despertar, llena de sobresalto, pasó la mano por su blanca frente, y repitió consolada: ¡Era un sueño! y como el alba había rayado, la intrépida amazona fué en busca de su favorito alazan. Saltó gallardamente sobre el lustroso lomo del noble animal, y desapareció en medio de los vastos horizontes de la Pampa. El corcel, sintiendo su ligera carga, y reconociendo el camino de su agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que lo regía, partió veloz como una flecha, saltando zanjás y bebiendo el espacio.

El bruto atravesó el linde que separaba el campo cristiano del inmenso territorio de los salvajes. María, pálida de espanto, se creyó perdida, cuando sintió que el alazan se abatía sobre sí mismo, embolado por una mano invisible.

La joven se desmayó, y al volver en sí, se halló en brazos de un hombre que la observaba con encanto. La virgen contempló á ese hombre; era un apuesto y gallardo mancebo; pero ¡ay! ¡era el fantasma de su sangriento sueño!

El joven (y esto es de suponerse por el relato de la autora) condujo á María cerca del fuerte, pues en la noche siguiente, y en las que se sucedieron, la vemos «con la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vetustas ojivas, esperando á un hombre que, llegando cautelosamente al pie del ombú, asiase á sus ramas, escalaba la ventana y caía en sus brazos.»

María lo llenaba de caricias y le hacía mil protestas de amor, aun cuando no le ocultaba el temor que le inspiraba. Ese hombre se llamaba Manuel. Él le hablaba con pasión, y las horas se deslizaban para los dos amantes entre caricias y promesas.

Pero una noche llegó, terrible para María, en que no vió al hombre que había dispuesto de su corazón y de su honra... Por el mismo tiempo estalló la guerra civil, «y el fragor del cañon homicida ahogó las risas y los gemidos.»

La joven se sintió madre. Antes de que se hiciera público su deshonor, resolvió darse la muerte. Pero cerca de ella velaba un hombre de corazón bien puesto, de sentimientos generosos, y que aun cuando conocía el secreto de la joven, la amaba con delirio.



—Te amo, le dijo, y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿Quieres confiarte á mí? Seré tu esposo, tu amigo, y.... el padre de tu hijo.

Muchos años corrieron tranquilos para tan dulce pareja, y la nobleza del esposo había hecho casi olvidar la terrible escena á la engañada y digna mujer.

Enrique, fruto del velado amor primero, era reputado como hijo de Alberto, el salvador de la seducida Maria. Diez y seis años habían trascurrido, cuando un día de verano una silla de posta atravesó las calles de Buenos-Aires y penetró en el patio de una casa, sita en uno de los mas hermosos barrios. Una bella mujer bajó del carruaje para encontrarse en los brazos de un hombre de distinguido porte. Este era Alberto, y la dama era su esposa: era Maria.

La primera pregunta de la madre fué: ¿y mi hijo? El padre le contestó que en aquel día sellaba con lucimiento su carrera escolar. Pero tambien en aquel día debía Alberto concurrir á las sesiones de la Cámara de representantes, de la cual era presidente.

Tratábase de una cuestion muy grave. Rosas pedía que se le concedieran poderes dictatoriales, y Alberto, aun siendo su amigo y confidente, se preparaba á combatir tal proposicion. Era su deber, y siempre había seguido los dictados de su conciencia.

Mientras que el padre salía, el hijo entraba. Pasados los primeros momentos de efusion entre Maria y Enrique, este se dirigió á la Cámara, con el fin de aplaudir á su padre con la voz y con el alma.

La proposicion de Rosas es presentada á los representantes del pueblo. Dominados todos por el terror que ya había empezado á reinar, solo dos se atrevieron á contrariar la voluntad del que ya era dictador de hecho: esos dos ciudadanos fueron el obispo de la metrópoli y Alberto.

Cuatro hombres enmascarados penetraron en el instante en el recinto de la Cámara, y dirigiéndose á la silla del presidente, clavaron un puñal en el corazon de Alberto....

Enrique entraba en este momento, y solo pudo arrancar el arma homicida del pecho del hombre que reputaba como padre, y jurar al cielo que vendría tan infame asesinato.

Al día siguiente, en Buenos-Aires imperaba la sangrienta dictadura del salvaje de las Pampas. Corría el rumor de que un jóven había atentado contra la vida del tirano, y que habiéndosele aprehendido

se le había juzgado sumariamente y condenándosele á muerte.

En efecto, al frente del palacio del dictador se elevaba un banquillo, y allí se había llevado á un hermoso jóven: ya los soldados tenían inclinados los fusiles y estaban prontos á hacer fuego, cuando aparece una mujer pálida y desgredada, y ruega al oficial que aguarde algunos instantes, pues va á implorar la *clemencia* del dictador.

Esa mujer, era Maria. El que iban á fusilar era Enrique. El hijo prohíbe á la madre que se degrade hasta el punto de pedir gracia al asesino de Alberto. Pero la madre solo oye la voz del corazon, y parte sin tardanza hácia el palacio del tirano. Se abre paso y llega hasta el gabinete en que se hallaba la hiena conocida bajo el nombre de Rosas; pero al ver las facciones de ese hombre, Maria siente que la voz se le detiene en la garganta, y cae como petrificada.

Pocos instantes despues se oyó una detonacion, y Maria solo pudo exclamar: ¡Manuell! ¡Manuell! ¿Qué has hecho de tu hijo?

Una noche, los indios vieron que una mujer vagaba por entre las ruinas del fuerte del *Pago*, destruido por los salvajes que habían asesinado al anciano comandante. Esa mujer pálida, desgredada, vestida de luto, llevando la muerte en el alma y el corazon: era Maria, el *Lucero del manantial*.

*El Guante negro* es otro episodio de la sangrienta tiranía de Rosas. Ramirez era un valiente militar, un corazon leal, un coronel de la República argentina, que no viendo los crímenes de Rosas, solo pensaba en la causa federal y en la amistad que había jurado al dictador.

Wenceslao era hijo del coronel Ramirez: valiente como su padre, hermoso é inteligente, acababa de recibir una herida en un tremendo combate, cuerpo á cuerpo. Su corazon se hallaba dividido entre dos amores; amaba á Manuela Rosas, por ambicion y vanidad; amaba á Isabel, hija de un cumplido patriota, una de las víctimas de la Mas-horca. Pero el amor por esta bella y encantadora virgen, era el leal y verdadero.

En una tarde serena de verano, Manuela Rosas se presentó en casa de Wenceslao, acompañada de un lacayo, que vestía una rica librea. La hija del dictador iba allí conducida por tres motivos poderosos: Wenceslao seguía las banderas de su padre: Wenceslao había espuesto su vida por defender la honra de la jóven; Wenceslao era el sueño de su corazon.



Cuando Manuela Rosas se aproximó al lecho del herido, este la saludó con gratitud y con amor; ella, si le manifestó sus sentimientos, fué más con las miradas que con las palabras. Pero el jóven, galante y ambicioso, se apoderó, para besarla, de una de las manos de la peligrosa huri, y le descalzó el guante de seda negra que la encubría.

Pero los instantes corrian, y preciso fué que la hija del dictador se alejase, pues la esperaban en Palermo, residencia del tirano.

Cuando apenas había salido aquella del aposento de Wenceslao, penetró por una puerta secreta otra jóven, pura, encantadora, inteligente y fiel; era Isabel, que iba á curar las heridas del enfermo.

Al verla, Wenceslao dió rienda suelta á sus verdaderos sentimientos. La ambicion cedía el puesto al amor.

Los dos jóvenes departían agradablemente, é Isabel le daba cuenta de los funestos presentimientos que la asediaban, cuando el reloj del salon anunció que era media noche.

Isabel debía partir; pero antes era preciso curar á su enfermo.

Manuela Rosas había dejado el fatal guante negro, y en la parte interior, sobre la cinta que cubre el resorte, se leía el nombre de su dueño.

Wenceslao había colocado esa prenda sobre su corazon.

Isabel descubre aquel objeto, lee el nombre de su rival, odiada por ella con doble motivo, y lanza un grito. Luego declara al jóven que todo queda roto entre ellos. A tiempo descubria aquel misterio para recordar el juramento que había hecho á su padre asesinado, juramento que ella quebrantaba al amar á un servidor del tirano.

Pero Wenceslao siente entonces todo el amor que profesa á Isabel; le pide perdon y le jura aceptar el sacrificio que le imponga, que cualquiera será leve, á trueque de reconquistar su corazon.

—¡Y bien! dijo Isabel: ¡si me amas: pruébame! partiendo para el campo de los unitarios!—y desapareció al instante.

El sacrificio pareció inmenso, inaceptable á los ojos de Wenceslao, y en su dolor, en la alternativa de perder á su amada ó de pasar por traidor, pensó en la muerte: llevó la mano al pecho y se arrancó el vendaje que cubría la herida.

Moribundo estaba y la sangre de su herida corría á torrentes, cuando llegó ese ángel de consuelo que

se llama madre, y á fuerza de solícitos cuidados pudo reanimar al hijo querido, cuya primera palabra fué ¡Isabel!

Algunos dias habían trascurrido y Wenceslao se hallaba casi del todo curado, cuando la madre sorprendió que su esposo se había llenado de furor al leer una carta que le acababan de llevar. El coronel Ramirez pronunció el nombre de su hijo, y saliendo con direccion hácia el jardin, habló con uno de sus más fieles servidores, á quien dió orden para que cavase un hoyo de siete piés de longitud y seis de profundidad.

La madre, previendo una parte de la terrible verdad, corrió al gabinete del coronel, halló la fatal carta, y la leyó: era una carta que Wenceslao había escrito á Isabel y que había sido interceptada por los agentes de Rosas. En esa carta el jóven prometía á su amada abandonar su bandera por recobrar su amor; le anunciaba que se pasaria al campo de los unitarios. Á esa carta acompañaba el funesto guante negro de Manuela Rosas, y el jóven suplicaba á Isabel que lo hiciera llegar á su dueño.

Cuando la madre, dominada por el terror, puesto que conocia el terrible secreto de su esposo, se halló en presencia de este, le habló como habla en tales lances una madre; apeló á las súplicas, á las lágrimas; manifestó al implacable militar toda la crueldad de su pensamiento, pues se resistía á creer que pudiese en práctica tan criminal proyecto. Al fin se pudo convencer de que era inalterable la resolucion del padre, quien, estraviado por un falso sentimiento de honor y lealtad que solo hubiera legitimado una noble causa, estaba decidido á asesinar al hijo que consideraba como traidor.

Entonces la madre tomó el puñal que el coronel había colocado sobre una mesa, y lanzándose sobre él, le dijo:

—¡Pues muere tú! muere, porque yo quiero que mi hijo viva.

En ese instante entraba Wenceslao:

—¡Madre mia! ¿Qué haceis? exclamo Wenceslao precipitándose sobre el cuerpo del coronel, que había caído muerto sin exhalar un suspiro.

La madre se volvió hácia él con la impasibilidad de la desesperacion:

—¡Mi esposo había jurado matar á un traidor, dijo ella; ese traidor era mi hijo, y yo he matado á mi esposo por salvar á mi hijo.

Wenceslao olvidó á Isabel al presenciár tan hor-



rible escena, y al día siguiente, á la cabeza de su regimiento, fué á unirse con el ejército del famoso Oribe, ese digno compañero de Rosas.

En Quebracho Herrado hubo á poco tiempo una sangrienta batalla entre las tropas del tirano y las huestes de los patriotas, que muy inferiores en número y ocupando desventajosas posiciones, aceptaron la lid por no abandonar á la emigración que les seguía, y que no habría podido soportar una marcha forzada.

Cuando al fin se cansaron de matar heridos, de asesinar ancianos y mujeres, los soldados de Rosas y Oribe se retiraron á su campamento. Era alta noche, y una joven, con el cabello suelto al viento, la mirada estraviada, el paso vacilante, llegó al sitio de la carnicería.

Era Isabel, que guiada por el instinto de la amante, descubrió, entre centenares de cadáveres de amigos y enemigos, el del dueño de su corazón; el de Wenceslao, á quien no había podido olvidar; el joven tenía en el pecho una herida profunda, de forma circular y bordes negros, y la herida estaba cubierta con el fatídico guante negro. Isabel cayó en tierra exclamando con hondísima amargura:

—¡Hé ahí la mano de Manuela Rosas, que le ha despedazado el pecho por robarme su corazón!

Los cuadros de esa novela, verdadera *nouvelle*, según la clasificación literaria de los franceses, que la distinguen del *roman*, están admirablemente trazados: hay movimiento dramático, caracteres bien delineados, acción sostenida y rápida.

La autora de *El Guante negro*, lo repetimos, ha dado pruebas relevantes de que puede abordar con éxito la novela de grandes dimensiones y el drama en todas sus formas. En *El Guante negro* entran en juego el amor, los celos, la ambición, la sublime abnegación de la madre, el fanatismo de un falso punto de honor, el patriotismo y la venganza; elementos más que suficientes, no diremos para un cuadro de novela, sino para una novela en debida forma.

Por no estendernos demasiado, renunciaremos á presentar un análisis de otras piezas notables de la literatura argentina. El que desee extasiarse á la vez con los atractivos de la novela, con la enseñanza de la historia, con las profundas sensaciones de la tragedia, con los sublimes trasportes del poeta, lea

*Guímez, recuerdos de la infancia.*

La novela, en sus diversas formas, cuenta ya en América con ilustres representantes: la señora de

Avellaneda nos ha presentado, entre otras, á *Spadolino*; la señora de García, *Daniel, el médico de San Luis*; Orozco, *La guerra de treinta años*; Lastarria, *La mano del muerto*; Fidel Lopez, *La novia del hereje*; José Mármol, la *Amalia*; Bartolomé Mitre, *Soledad*; y luego vienen con sus multiplicadas producciones M. A. Matta, y con sus crónicas, Barros Arana, Palma, Quesada, etc., etc.

Pero leed sobre todos los hermosos escritos de la simpática é inspirada escritora del plata:

*Manibus date lilia plenis.*

J. M. TORRES CAICEDO.

## ESPLICACION DEL FIGURIN.

**Primera figura.** Vestido de terciopelo verde, abierto sobre una falda de raso, que va adornada en el delantero con una serie de borlas con cabeza de pasamanería; la falda de terciopelo, más corta solamente algunos centímetros, está guarnecida con una rica franja perlada; cada paño forma un largo diente cogido por una aplicación de pasamanería con borlas. Chaleco de raso, vesta de terciopelo adornada de franjas y borlas; manga de la edad media, de terciopelo, dejando pasar una manga justa de raso abierta en el puño y cogida con una borla. Sombrero de terciopelo adornado con un pájaro y puff de crespon; largas cadenas artísticas flotan sobre el sombrero.

**Segunda figura.** Vestido de moiré con rayas de raso. Casaca rusa de terciopelo hendida por detrás, rodeada de una banda de piel que sube prolongándose en forma de tirantes y concluye en una hombrera con borlas. Cinturón de piel y puños iguales. Sombrero *Imperio*, de crespon, adornado de banderetes de terciopelo terminado en borlas.

**Tercera figura.** Traje de niña. Vestido de terciopelo. Casaca igual con solapas, guarnecida de guipur. Toquilla de terciopelo con larga pluma.

Por todo lo no firmado,

*El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.*

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.  
Calle de Preciados, 74, bajo.



## SUMARIO

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN LA COLECCION DE 1865.

- Num. 109.**—La Historia, por Enrique Domenech.  
—Teatro Español: Tirso de Molina, por A. Alcalde Valladares.—Enero, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Galería Histórica, María, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—El Reloj, poesía, por Pedro María Barrera.—Consecuencias de la envidia, leyendas árabes por Rogelia Leon.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Charada, por E. D.—A este número acompaña un figurín de disfraces, para niños.
- Num. 110.**—La Historia, por Enrique Domenech.—Tirso de Molina, artículo II, por A. Alcalde Valladares.—La vida, soneto, por Ildefonso Fernandez.—Galería Histórica II: Eva, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Amor, poesía, por Rafael Ferrer y Bigné.—Consecuencias de la envidia, por Rogelia Leon.—Cantares, por A. Campos y Carreras.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Charada, por E. D.—Esplicacion del figurín que se repartió con el número anterior.—Esplicacion del grabado de lencería que acompaña á este número.
- Num. 111.**—Alfonso IX, por Julian Castellanos.—Angeles tutelares, poesía, por Alejandro Aparicio Calvente.—El Halcon, cuento, por Felipe Perez.—El Angel de la inocencia, poesía, por Dámaso Delgado Lopez.—Consecuencia de la envidia, por Rogelia Leon.—A Elvira, poesía, por Antonia Diaz de Lamarque.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurín que acompaña á este número.
- Num. 112.**—Alfonso X el Sabio, por Julian Castellanos.—La Caridad, poesía, por M. Ortiz de Pinedo.—Galería Histórica, III: Juana Coello, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Consecuencias de la envidia, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurín que acompaña á este número.
- Num. 113.**—Alfonso XI el Justiciero, por Julian Castellanos.—La Resignación, poesía, por Antonia Diaz de Lamarque.—Galería Histórica, IV: Florinda, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—El Invierno, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Consecuencias de la envidia, por Rogelia Leon.—Madrigal, por Feliciano Enriquez de Guzman.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Charada, por E. D.—Esplicacion del pliego de dibujos y labores que acompaña á este número.
- Num. 114.**—Galería Histórica: Engracia, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Súplica, poesía, por Isabel Poggi.—Mitridanes y Natan, cuento, por Felipe Perez.—La muerte de un padre, poesía, por Antonia Orts.—Consecuencias de la envidia, por Rogelia Leon.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de lencería y el de dibujos.
- Num. 115.**—Galería Histórica, doña María de Molina, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—El último momento de la vida, poesía, por Antonia Diaz de Lamarque.—Baltasar Elisio de Medinilla, por Julian Castellanos.—Febrero, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Consecuencias de la envidia, por Rogelia Leon.—En un album, poesía, por Carlos Cano.—Pedro, cuento, por Rafael F. y Bigné.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Charada, por E. D.—Esplicacion del figurín que acompaña á este número.
- Num. 116.**—La Mujer, por Jacinto García Perez.—En un album, poesía, por A. Alcalde Valladares.—Galería Histórica: Zoharah, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Pedro, cuento, por Rafael F. y Bigné.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Labores, por Adelaida Montañol.—Esplicacion del figurín que acompaña á este número.
- Num. 117.**—Los dos reclamos, por Fernan-Caballero.—La Plegaria, poesía, por Angela Grassi.—El guante de Coradino, por Julian Castellanos.—A Luisa, poesía, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—La mujer, por Jacinto García Perez.—Sagunto, soneto, por Ildefonso Llorente Fernandez.—El Carnaval, por Enrique Domenech.—Pedro, cuento, por Rafael F. y Bigné.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurín y del pliego de dibujos.
- Num. 118.**—La Princesa Galiana, por Julian Castellanos.—La Verdad, poesía, por Isabel Poggi.—Galería histórica: Isabel de Segura, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Una visita á mi cora-



- zon, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Marzo, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Por ser romántica, novela, por Rogelia Leon.—Fiesta en el palacio de Medinaceli, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 119.**—Galería Histórica: Agustina de Aragon, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Cosas del tiempo, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Por ser romántica, novela, por Rogelia Leon.—A una violeta, poesia, por Rafael Serrano y Alcaraz.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—El amor y la sombra, madrigal, por Constantino Gil.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de crochet, por Adelaida Montañol.
- Num. 120.**—Favor con favor se paga, por Julian Castellanos.—A la fê, poesia, por Eladia Bautista Patier.—La Niña, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Más bella, poesia, por José Puig Perez.—El Drama, la ópera y la zarzuela, por Enrique Domenech.—Por ser romántica, novela, por Rogelia Leon.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin y del pliego de lencería que acompañan á este número.
- Num. 121.**—Galería Histórica: Laura, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Los celos de la Sultana, poesia, por Julian Castellanos.—La prometida del rey de Granada, cuento, por Felipe Perez.—El agua, poesia, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Por ser romántica, novela, por Rogelia Leon.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Esplicacion del figurin y de la hoja de bordados que acompañan á este número.
- Num. 122.**—El Juramento de Castro, por Julian Castellanos.—Consejos de una madre, poesia, por Antonia Orts.—El corazón y la cabeza, por Jacinto Garcia Perez.—Abril, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Por ser romántica, novela, por Rogelia Leon.—A una fuente, poesia, por Vicente R. Jordan.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Un eco, poesia, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin que acompaña á este número.
- Num. 123.**—Reflexiones sobre la muerte de Jesús, por Rogelia Leon.—La soledad de María, por Francisco Pareja de Alarcon.—Semana Santa, Leandro A. Herrero.—Sábado Santo, por Fernan Caballero.—Las Navas de Tolosa, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Las adormideras, poesia, por Teodoro Llorente.—Los chinos en América.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 124.**—La Educacion, por Isidora Valdeminos.—A Valencia, poesia, por Aureliano Ruiz.—El aire y el agua, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Pobres ángeles sin madre, por Rogelia Leon.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Revista Musical, por Felipe Perez.—Esplicacion del grabado de lencería y descripcion de la hoja de bordados que acompaña á este número.
- Num. 125.**—Galería Histórica: Isabel la Católica, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Al Génio, oda, por Leandro A. Herrero.—La humildad, por Natalia Boris de Oliveres.—Delora, poesia, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Pobres ángeles sin madre, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion de la lámina de abrigos.
- Num. 126.**—El claro dia y la oscura noche, por Fernan Caballero.—La vuelta de las golondrinas, poesia, por José Lamarque de Novoa.—El Pilar de los Angeles, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Madrigal, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Pobres ángeles sin madre, por Rogelia Leon.—Con sangre el honor se venga, por Julian Castellanos.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Esplicacion de la lámina de tapicería, por Adelaida Montañol.
- Num. 127.**—Galería Histórica: La Madre de San Fernando, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Si yo fuese á España, poesia, por Isabel Poggi.—Costumbres de Valencia: fiestas de San Vicente Ferrer, por Enrique Domenech.—Mayo, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Con sangre el honor se venga, por Julian Castellanos.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 128.**—Galería Histórica: Teresa de Jesús, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Apólogo, poesia, por Angela Grassi.—Estudios morales y politicos: La familia, por Leandro A. Herrero.—A la primavera, poesia, por Constantino Gil.—La mesa de Salomon, por Julian Castellanos.—Costumbres de Valencia: fiesta de San Vicente Ferrer,



- por Enrique Domenech.—Los peces, fábula, por Rafael F. y Bigné.—Geografía.—Esplicacion del figurin.
- Num. 129.**—La falsedad, por Rogelia Leon.—El curso del sol, poesía, por Faustina Saez de Melgar.—Estudios morales y políticos, II: La familia, por Leandro A. Herrero.—Un niño, poesía, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Galería de Artistas célebres, I: Phidias, por Julian Castellanos.—En el album de Ángela, poesía, por A. Alcalde Valladares.—El pequeño Narciso, cuento americano.—Historia natural.—Esplicacion de la plancha de confecciones.
- Num. 130.**—La adulacion, por Rogelia Leon.—A la duquesa de Medinaceli, poesía, por Faustina Saez de Melgar.—Estudios morales y políticos, III: La familia, por Leandro A. Herrero.—A Tamberlik, soneto, por Vicente Rodriguez Jordan.—Galería Histórica: La princesa de los urusinos, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—María, novela, por Faustina Saez de Melgar.—Revista Musical, por Felipe Perez de Anaya.—Máximas.—Esplicacion del figurin y de la hoja de bordados.
- Num. 131.**—Inconsecuencia de la mujer, por Rogelia Leon.—A la noche, poesía, por Isabel Poggi.—Estudios morales y políticos: El matrimonio, por Leandro A. Herrero.—A Cervantes, poesía, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Consideraciones histórico-filosóficas sobre la marcha de la humanidad, por Julian Castellanos.—Cantares, por Carlos Cano y Nuñez.—María, novela, por Faustina Saez de Melgar.—Revista de Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del grabado de lencería y del de tapicería.
- Num. 132.**—Estudios morales y políticos: El matrimonio, por Leandro A. Herrero.—A la esperanza, poesía, por Eladia Bautista y Patier.—Galería Histórica: La Calderona, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Junio, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Consideraciones de la humanidad, II: por Julian Castellanos.—Vida y muerte, poesía, por Pedro Maria Barrera.—María, novela, por Faustina Saez de Melgar.—Revista Musical, por Felipe Perez de Anaya.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 133.**—Raquel, por Julian Castellanos.—A un jazmin, poesía, por Faustina Saez de Melgar.—Galería Histórica: La Monja Alferez, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Los Angeles, poesía, por Ildefonso Llorente y Fernandez.—Baladas de D. Vicente Barrantes, por A. Alcalde Valladares.—María, novela, por Faustina Saez de Melgar.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 134.**—Galería Histórica: Doña Beatriz Galindo La Latina, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—El beso, poesía, por Faustina Saez de Melgar.—Galería de Artistas célebres: Luis Camoens, por Julian Castellanos.—A Murcia, poesía, por Jacinto Garcia Perez.—María, novela, por Faustina Saez de Melgar.—Dos tipos, por Rafael Ferrer y Bigné.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion de la hoja de bordados, por Adelaida Montañol.
- Num. 135.**—Estudios morales y políticos: El matrimonio, por Leandro A. Herrero.—Al Occidente, poesía, por Faustina Saez de Melgar.—El sombrero, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Un recuerdo á mi país, por Antonia Orts.—Las flores, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—El llanto, poesía, por Pedro Maria Barrera.—El Moro, por Giambatista Giraldo Cintio.—Modas, por Joaquina de Carnicero.
- Num. 136.**—Estudios morales y políticos: El matrimonio, por Leandro A. Herrero.—A Julio, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—Galería de Artistas célebres: Miguel Angel, por Julian Castellanos.—El arroyo y la arena, poesía, por Constantino Gil.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Revista Musical, por Felipe Perez de Anaya.—Exámenes del Real Colegio de Señoritas de Santa Isabel, por Faustina Saez de Melgar.—Esplicacion del figurin y del grabado de lencería.
- Num. 137.**—Estudios morales y políticos: Prestigio de la madre en el hogar doméstico, por Leandro A. Herrero.—A Numancia, soneto, por Constantino Gil.—Galería Histórica, Blanca de Navarra, por Joaquin Tomeo y Benedicto.—Nostalgia, poesía, por Carlos Cano.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—La catarata, poesía, por A. Hurtado.—El miedo, por Alejandro Buchaca y Freire.—Cantares, por Rafael de Nieva.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de dibujos.
- Num. 138.**—Estudios morales y políticos: Vínculos



de familia, por Leandro A. Herrero.—A una rosa, poesía, por Dámaso Delgado Lopez.—Galería Histórica: La Viuda de Padilla, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Galería de Artistas célebres. Miguel Angel, por Julian Castellanos.—Revista Musical, por Felipe Perez de Anaya.—Esplicacion del figurin.

**Num. 139.**—Estudios morales y políticos: Del padre, por Leandro A. Herrero.—La luz del génio, poesía, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Galería de Artistas célebres: Miguel Angel, por Julian Castellanos.—La violeta, poesía, por Irene L. y R. Ferrer.—El mal del país.—A una rosa maachita, por Constantino Gil.—El telégrafo eléctrico, por Pedro María Barrera.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.

**Num. 140.**—Estudios morales y políticos: Del padre, por Leandro A. Herrero.—Desvario, poesía, por Baltasar Martínez Durán.—La conquista de Granada, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—A unos pensamientos, poesía, por Pedro María Barrera.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.

**Num. 141.**—Celebridades contemporáneas: Duque de Rivas, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—A la gloria, poesía, por Isabel Poggi.—El amor filosóficamente considerado, por Francisco Fernandez Chorot.—A mi querido amigo D. Manuel Perez de Molina en la muerte de su hijo, poesía, por Leandro A. Herrero.—La Solterona, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de dibujos.

**Num. 142.**—Necesidad de asegurar los servicios de la primera enseñanza, por Leandro A. Herrero.—Agosto, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—El paso de las Termópilas, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Imposible.—Balada, por Carlos Cano.—La literatura en la mujer, por Faustina Saez de Melgar.—Balada, poesía, por Angel Mondéjar y Mendoza.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Esplicacion del figurin.

**Num. 143.**—Estudios morales y políticos: Educacion

de la mujer, por Leandro A. Herrero.—A la muerte de doña Rosa Lopez, poesía, por Rogelia Leon.—La mujer, por Evaristo Fombona.—A mis hijos, poesía, por Evaristo Fombona.—La literatura en la mujer, por Faustina Saez de Melgar.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.

**Num. 144.**—Enseñanza religiosa en las escuelas y en el hogar doméstico, por Leandro A. Herrero.—Setiembre, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—La vanidad, por Evaristo Fombona.—Al porvenir, poesía, por Isabel Poggi.—La literatura en la mujer, por Faustina Saez de Melgar.—El eco y el malhechor, poesía, por Ildefonso Llorente y Fernandez.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Esplicacion del grabado de crochet.

**Num. 145.**—Celebridades contemporáneas: Juan Eugenio Hartzenbusch, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—A las horas, poesía, por Isabel Poggi.—El matrimonio por cálculo, por Julian Castellanos.—Flores y lágrimas, poesía, por Faustina Saez de Melgar.—La literatura en la mujer, por Faustina Saez de Melgar.—Un préstamo, por A. Cotarelo.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.

**Num. 146.**—Enseñanza religiosa en las escuelas y en el hogar doméstico, por Leandro A. Herrero.—A la creacion, poesía, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Galería de artistas célebres; el Españoleto, por Julian Castellanos.—La Reina del poeta, poesía, por Félix Pizcueta.—Las delicias, por Alejandro Buchaca.—La corte y la aldea, poesía, por Leandro A. Herrero.—Mariquilla la Idiota, novela, por Rogelia Leon.—Esplicacion del figurin.—Proverbios árabes.

**Num. 147.**—Madre, por Evaristo Fombona.—A la señora doña María Eugenia Pando, poesía, por Faustina Saez de Melgar.—La Conquista de Zaragoza, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Un loco del siglo xv, por Rogelia Leon.—Sin esperanza, poesía, por Carlos Cano.—Necrología de D. Antonio Flores, por Leandro A. Herrero.—Calor y frio, por Aureliano Ruiz.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de dibujos.

**Num. 148.**—Sobre la educacion, por Fernan Caballe-



- ro.—Octubre, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—La Africana, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Un consejo, poesía, por Constantino Gil.—Un loco del siglo xv, por Rogelia Leon.—Epístola, por Rafael Ferrer y Bigné.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de abecedarios.
- Num. 149.**—La educacion más conveniente en las niñas, por Salvador Constanzo.—Literatura, por José María Pérez Limardo.—Maternidad, por Evaristo Fombona.—A mi madre, por Semana Santa, por Carlos Cano.—Galería Histórica: Carlota Corday, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—La luna y los luceros, poesía, por Dámaso Delgado Lopez.—Un loco del siglo xv, por Rogelia Leon.—El sacrilego, cuento, por Julian Castellanos.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion de la lámina de confecciones.
- Num. 150.**—Amor conyugal, por Evaristo Fombona.—En el album de la señorita Imelda Cullen, poesía, por Isabel Poggi.—La envidia, por Faustina Saez de Melgar.—El génio de los ángeles, poesía, por Ildefonso Llorente.—El sacrilego, cuento, por Julian Castellanos.—Esplicacion del figurin.
- Num. 151.**—La infancia, por Evaristo Fombona.—Recuerdos de mi madre, poesía, por Juan Vicente Mendible.—La ingratitud, por Faustina Saez de Melgar.—Las perlas, por Alejandro Buchaca y Freire.—Guillermo Monci, por Rogelia Leon.—El sacrilego, cuento, por Julian Castellanos.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 152.**—Rasgos sueltos, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—A Cervantes, poesía, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—A Cervantes, poesía, por Constantino Gil.—Las flores, por Salvador Constanzo.—La mujer, por Lorenzo Badioli.—Guillermo Monci, por Rogelia Leon.—El sacrilego, por Julian Castellanos.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Esplicacion del pliego de dibujos.
- Num. 153.**—La infancia, II: por Evaristo Fombona.—A Teodoro Martel, poesía, por Dámaso Delgado Lopez.—El cólera, por Leandro A. Herrero.—El Amor, por Aureliano Ruiz.—El valle de Lulen, por Alejandro Buchaca.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 154.**—Reforma de la instruccion pública, por Leandro A. Herrero.—Noviembre, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—La Caridad, por Rogelia Leon.—La caída de las hojas, por Adolfo Llanos y Alcaraz.—El manco de Lepanto, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Las ilusiones perdidas, poesía, por A. Alcalde Valladares.—Consejos para hacer fortuna, por Franklin—Guillermo Monci, por Rogelia Leon.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 155.**—El príncipe D. Carlos, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—Una esperanza, poesía, por Isabel Poggi.—El diamante.—A una azucena, poesía, por Ernesto García Ladevese.—El pájaro mosca.—Guillermo Monci, por Rogelia Leon.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de dibujos.
- Num. 156.**—La educacion literaria de las niñas, por Salvador Constanzo.—La idealidad, poesía, por Isabel Poggi.—El coral, por Alejandro Buchaca.—Entre las brumas del faro, poesía, por Leopoldo Crestas.—Guillermo Monci, por Rogelia Leon.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de dibujos.
- Num. 157.**—El bien y la virtud, por Aureliano Ruiz.—Diciembre, soneto, por Faustina Saez de Melgar.—La Hoya de Buñol, por Rafael Ferrer y Bigné.—La Generosa, por Constantino Gil.—Revista de Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 158.**—La esclavitud, por Leandro A. Herrero.—Cantares, por José Puig Pérez.—Galería de artistas célebres: Mozart, por Julian Castellanos.—La Hoya de Buñol, por Rafael Ferrer y Bigné.—En serio y en broma, por Felipe Pérez Anaya.—Soneto, por Ventura de la Vega.—Esplicacion del figurin.
- Num. 159.**—Influencia de la mujer en la sociedad, por Isabel Poggi de Llorente.—En la solemne funcion celebrada en el monasterio de la Rábida, poesía, por Antonia Diaz de Lamarque.—Educacion, por Leandro A. Herrero.—El invierno, poesía, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—La Hoya de Buñol, por Rafael Ferrer y Bigné.—Tanto vales, tanto tienes, por Aureliano Ruiz.—Reunion abolicionista.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del figurin.
- Num. 160.**—Influencia de la mujer en la sociedad, II: por Isabel Poggi de Llorente.—Las nubes, poesía, por Joaquín Tomeo y Benedicto.—A las piadosas señoras que trabajan por la emancipacion de los esclavos, por Rogelia Leon.—Viriato, soneto, por Ildefonso Llorente.—Galería de escritores americanos: Juana Manuela Gorriti, por José María Torres Caicedo.—Tanto vales, tanto tienes, novela, por Aureliano Ruiz.—Teatros, por Leandro A. Herrero.—Modas, por Joaquina de Carnicero.—Esplicacion del pliego de dibujos.
- Num. 161.**—La indiferencia, por Isabel Poggi.—Al año nuevo, poesía, por Constantino Gil.—Juana Manuela Gorriti, por José María Torres Caicedo.—Esplicacion del figurin.





# LA VIOLETA

*Palacion y Administracion*

Concepcion Geronima Nº 13 Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid



